



DIÓCESIS DE CABIMAS

**Mons. Ángel Francisco Caraballo Fermín**

OBISPO

## **HOMILÍA XI DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO PARROQUIAS SAN RAFAEL (EL TIGRE); SAN JOSÉ OBRERO (BACHAQUERO) 18/VI/2023**

Muy apreciados hermanos:

Como todos los domingos, en la Santa Misa, se nos da un doble banquete: la Palabra y la Eucaristía, que sostienen y alimentan nuestra vida cristiana.

Se habrán dado cuenta que, en el momento de la proclamación del Evangelio, nos ponemos de pie, mirando hacia el ambón (donde está el leccionario), y el sacerdote, de manera solemne, representando a Cristo, lee el Santo Evangelio, diciendo al final: Palabra del Señor y nosotros respondemos: Gloria a ti, Señor Jesús. Posteriormente, el sacerdote, como ministro de la Iglesia, explica de modo oficial la Palabra proclamada.

Es Cristo que nos recuerda sus dichos y hechos, y es la Iglesia que nos enseña e interpela a poner en práctica lo que Cristo dijo y enseñó. Por eso, queridos hermanos, debemos prestar suma atención a la Liturgia de la Palabra: es Dios, nuestro padre, que nos habla, a través de su palabra; es Dios, que quiere que seamos felices, el que nos indica el camino de la verdadera felicidad; es Dios, que es sabio y misericordioso, el que corrige y nos invita a dejar el camino del pecado, que nos puede conducir a la condenación. Es Dios quien nos pide que crezcamos como creyentes siendo mejores cristianos, bondadosos y misericordiosos, a su semejanza.

Por eso, demos gracias, por este gran regalo que nos hace Dios de su Palabra, porque, como dice el canto *“Dios ha hablado a su pueblo ialeluya! Su palabra es verdadera ialeluya! Abre tu alma a su palabra, Abre tu corazón a él, Abre tu alma oh sacerdocio, Vamos a oírlo a él, vamos a oírlo a él”*.

Hoy, el Señor, en esta liturgia de la palabra, pone a nuestra consideración el **tema de la vocación y nuestra misión en la tierra**. Dicho de otra manera, nos recuerda que somos sus discípulos, porque fuimos llamados por él y le seguimos; y somos misioneros, porque nos ha enviado a anunciar el evangelio. Podemos unir esas dos palabras y decir que **somos discípulos misioneros**; ambas cosas, se dan a la vez, pues el seguimiento de Cristo, nos exige anunciarlo con nuestras palabras y obras, y anunciarlo nos exige integridad de vida. Como decía el Papa Pablo VI: *“el mundo, antes que maestros, necesita testigos; y que si escucha a los maestros es porque primero son testigos”*. Testigo, queridos hermanos, es el que tiene un conocimiento experiencial de aquello que dice; es alguien que primero ha

vivido lo que expone; alguien que ha hecho en sí mismo la prueba de la bondad de lo que propone a los demás. Y lo dice, propone y expone sin ningún interés personal. Lo hace, porque lo exige esa experiencia que ha vivido. El Evangelista San Juan, lo expresa de este modo: *“lo que hemos visto y oído se lo anunciamos también a ustedes para que estén en comunión con nosotros, pues nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesucristo”* (1Jn 1, 3).

Llamó entonces a los Doce y los envió, dice explícitamente el evangelio. Entre aquellos hombres no encontramos a los más ricos, ni a los más sabios, ni a los más influyentes y poderosos del momento: es una lista casi anónima de personas corrientes, de los doce hombres que Jesús llamó para continuar esta obra de amor, que podemos resumir así:

- Doce hombres incultos, débiles, pecadores, todos eran duros de Corazón, y les costaba entender las escrituras, pesar que el Señor se las explicaba constantemente.
- Pedro, el primero de la lista, el que le niega cuando lo arrestaron, el que se duerme en el huerto de los olivos, el presumido que se atrevió a decir *“aunque todos te dejen, yo no te dejaré...”*, el que recibió de Jesús una fuerte reprimenda: *“aléjate de mí Satanás, porque tú piensas como los hombres y no como Dios”*.
- Juan y Santiago, los avariciosos, los que quieren los primeros puestos, los que llenos de ira, le pidieron a Jesús: *“envía fuego sobre ese pueblo”*.
- Tomás, el que se aísla, se encierra en sí mismo y no escucha a los otros apóstoles, el que duda *“si no lo veo, no creo”*, el que exige una prueba contundente de la resurrección *“meter los dedos en las heridas de pies y manos, meter la mano en la herida del costado”*, aunque el Señor ya lo había profetizado.
- Mateo, el cobrador de impuestos, el que engaña a la gente y cobra de más...
- Judas, el administrador, el ladrón, que vende al Señor por 30 monedas de oro y lo entrega con un beso a sus captores.

Es decir, una docena de hombres duros de corazón, llenos de defectos, incapaces de comprender las Sagradas Escrituras. Sin embargo, se dejaron guiar por el Espíritu Santo, predicaron el Evangelio a todas las naciones, y dieron testimonio de la resurrección derramando su grande. Y, si nosotros estamos celebrando esta Santa Misa, se debe a que los apóstoles, no obstante, sus defectos, fueron fieles a Jesús.

En esa lista estábamos también todos nosotros, los que hemos venido después, con toda nuestra condición claroscuro y agridulce, humana

condición.

Los pretextos que nos pueden surgir, especialmente en estos momentos turbulentos, para no llevar a otros a Cristo son abundantes: falta de medios, de la suficiente preparación, de tiempo, que, en definitiva, se traduce en falta de amor y conocimiento de Dios, pues si lo amáramos y conociéramos saldría espontáneo anunciarlo a los demás. *“De lo que abunda en el corazón, habla la boca”*. Hay muchas personas que todavía no han encontrado ese gran tesoro, no han tenido una experiencia personal con el Señor, que, como los discípulos de Emaús, tienen todavía el entendimiento dormido y no reconocen a Dios que está al lado de ellos.

Pero, queridos hermanos, debemos ser consecuentes con nuestra vocación de discípulos misioneros. El Señor nos recuerda, hoy, que el trabajo es mucho, y los obreros son pocos. Y la cosecha que no se recogen a tiempo, se pierde.

San Juan Crisóstomo nos dejó una reflexión, que puede ayudarnos a examinar en nuestra oración, si nos rehuimos fácilmente ante ese noble deber al que el Señor nos llama:

**«Nada hay más frío –dice el santo– que un cristiano despreocupado de la salvación ajena.**

- **No puedes aducir tu pobreza económica** como pretexto. La viejecita que dio sus monedas te acusará. El mismo Pedro dijo: No tengo oro ni plata (Hch 3, 6). Y Pablo, era tan pobre que muchas veces padecía hambre y carecía de lo necesario para vivir.
- Tú **no puedes pretextar tu humilde origen**: ellos eran también personas humildes, de modesta condición.
- **Ni la ignorancia te servirá de excusa**: todos ellos eran hombres sin letras. Seas esclavo o fugitivo, puedes cumplir lo que de ti depende. Tal fue Onésimo, y mira cuál fue su vocación...
- **No aduzcas la enfermedad** como pretexto, Timoteo estaba sometido a frecuentes achaques (...)

Aquí estamos nosotros, hoy, un grupo de hombre y mujeres, una comunidad guiada por el Espíritu; no somos ni mejores ni peores que aquellos doce hombres. Y queremos añadir nuestros nombres, a la lista de millones de creyentes decididos a continuar la obra del maestro. El Señor confía en nosotros, no solo nos llama, sino también nos envía y acompaña.

Si no lo hacemos nosotros, que somos pocos respecto a la gran masa de personas que ni siquiera asiste a misa los domingos, ¿quién lo hará? El Señor

nos ha encomendado esa misión, y no tiene un Plan B.

Les cuento una antigua leyenda de la edad media. El día de la Ascensión, Jesús se eleva delante de los apóstoles y desaparece de su vista. Pero lo que ellos no saben es que, aquel día, Jesús se cruza con el arcángel Gabriel, que le dice: ¡qué alegría verte! ¿Pero qué es lo que ocurre en la tierra? Es extraño, todo está negro, está todo de noche, aunque veo algunas lucecitas. Entonces, Jesús le explica: en la tierra es de noche, es cierto. Pero cuenta bien esas lucecitas; hay doce: son María, mi madre, y mis apóstoles que están orando en el cenáculo. Y mi plan, cuando vuelva a mi Padre, es enviarles desde allí al Espíritu Santo. Y entonces una vez, que les haya enviado al Espíritu, ya verás: toda la tierra se inflamará. Esas pequeñas llamas que hay en aquella casita se extenderán por todas partes y toda la tierra será un gran fuego.

El Arcángel Gabriel, como nos conoce bien, pone cara de escéptico...y pregunta a Jesús: ¿y qué pasará si tu plan no funciona? Y Jesús le contesta. No tengo otro.

Queridos hermanos, el Señor no tiene un Plan B. Gracias a Dios, el plan de Jesús funcionó, y por eso estamos celebrando hoy esta Santa Misa. “*El mundo siempre ha vivido de unos pocos*”. Pocos fueron los apóstoles, y fíjense todo lo que hicieron. Pocos somos nosotros, y si somos realmente discípulos misioneros, transformaremos nuestro entorno. ¡No tengamos miedo!

En cada misa, al final, el sacerdote dice: la misa ha terminado, pueden ir en paz, o se puede decir también: glorifiquen al Señor con sus vidas. Y en esta Misa, Jesús nos dice: “*Vayan y proclamen que ha llegado el reino de los cielos*”. Así sea.

+   
† **Ángel Francisco Caraballo Fermín**  
**Obispo de Cabimas**



**Prot. 2023/104**